cer se presentó el sacerdote Montés para darle los últimos auxilios espirituales. Soufflard le oyó sin rechazarle, pero interrumpiéndole de cuando en cuando para lanzar alguna maldicion horrible contra Micaud. Este ódio sobrevivió á todas las demás pasiones en aquel hombre sentenciado por la justicia y por sí mismo.

A las once y cuarto sufrió Soufflard la última convulsion que le hizo levantarse sobre el lecho como si le hubieran movido con un resorte; cuando volvió á caer, era ya cadáver.

Hecha la autopsia por los doctores, Olivier de Angers, West y Bois de Loury, resultó que con la cantidad de arsénico hallada en el cuerpo de Soufflard hubieran podido envenenarse cien personas.

Al saber la Alliette que Soufflard acababa de espirar, dijo con indiferencia. Esa es *bola*, yo no lo creeré hasta que lo vea.

Conducida al calabozo, que era el mismo en que habia estado Lacenaire, dijo con la mayor frialdad, al ver el cadáver:

—Es verdad, está muerto. Nunca hubiera creido yo que tuviese tanta resolucion.

En cuanto á Lesage, despues de haber manifestado una verdadera debilidad durante los debates, cambió de pronto despues de la sentencia. Aun protestaba con frialdad de su inocencia, pero parecia soportar su suerte con resignacion, y no manifestaba sentir otra cosa que el carecer de medios para comprar tabaco y algun estraordinario de vino.

Al referirle el suicidio de Soufflard, se le hizo presente que el matarse en semejante posicion, equivalia á reconocerse culpable.

—Demasiado lo conozco, contestó; y esto es lo que me incomoda. Eso mismo es lo que se le ocurrirá al público y al tribunal, y yo pagaré por él... pero esto no impedirá que yo *suba á donde sabeis*, con valor.

Por lo demás, fuera del asesinato de la señora Renault, confesaba Lesage todos los hechos culpables de su vida. Asi es, que contaba que en presidio habia robado al capellan, habiendo logrado que los ocultadores saliesen á vender por la ciudad los ornamentos de la capilla que era lo robado. Cerca de Avalon, habia cometido un asesinato en el camino que hay desde Tolon que era de donde se habia fugado hasta el citado punto. Lo único que hacia era callar las circunstancias de estas atrocidades para no comprometer á sus cómplices. Aquel *negocio*, decia, fue magnífico; en cuanto lo hube terminado, me metí en el primer carruaje que se presentó y me vine volando á París cargado de oro, de plata, de alhajas y de billetes de banco. Tambien referia con complacencia los numerosos robos que habia hecho en París y su voz y su rostro se animaban al referir aquellos innobles hechos.

No obstante, parecia que tenia miedo á la muerte.

El 25 de abril, en el momento en que tocaban la campana á las seis y media de la tarde, para que los jornaleros libres se retiraran á sus casas, concluido su trabajo, Lesage, aprovechándose del movimiento que habia en los talleres y en los postigos esteriores de la Conserjería, hizo los preparativos para suicidarse. Como por su actitud nadie habia llegado á sospechar que concibiese semejante idea, no se le vijilaba como se hubiera hecho en el caso contrario; Lesage habia logrado hacerse con un pañuelo de seda, y la camisa de fuerza que llevaba puesta estaba floja. Pudo, pues, atar el pañuelo á una barra de hierro de la reja de la puerta, rodeósele en seguida al cuello y despues de haberle hechado un nudo bien fuerte, y de haberse encaramado en un taburete, darle un puntapié y ahorcarse. Cuando entraron los carceleros en el calabozo á los siete y media, Lesage habia dejado de existir.

(c) 2008 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación